

## **“Frente al diagnóstico discapacitante: entre besos, canciones y escondidas, Nicolás conquista la subjetividad”**

Los papás de Nicolás llegan hace tres meses a la consulta con este diagnóstico: “Niño de dos años con trastorno del espectro autista”. No responde al nombre. No se relaciona con otros. No habla. Le cuesta mirar, prestar atención. Sin intención comunicativa. No saluda. No da besos.

Nicolás llega con su mamá, me mira, sonrío, un gesto imperceptible da cuenta de la complicidad. El pequeño se inclina hacia delante y la madre le pide un beso, él se aproxima, sus labios tocan el rostro de ella...”Ahora-exclama exultante la madre-da besos, no lo puedo creer...le das ahora uno a Esteban...”. Acerco mi rostro lentamente a Nicolás, orienta la postura y me saluda con un beso.

El beso de Nicolás es una verdadera conquista, no solo por su valor “social”, sino fundamentalmente por el afectivo que implica efectos de comunidad. Dar un beso, saludar al otro, no es una simple competencia de aprendizaje o adquisiciones al modo de un hábito cultural, formal o higiénico, no se aprende a dar un beso, se siente. En este caso, es un gesto investido de deseo en relación al otro. Evidentemente se trata del don del deseo de desear.

El beso de Nicolás no se basa en una sustancia material o comportamental. No es ni siquiera una cosa o un objeto, por el contrario, lo afirma y configura como sujeto, donde el otro en tanto deseante ocupa un lugar central en la nueva experiencia infantil que va estructurando.

El gesto de besar al otro, por un lado marca la proximidad corporal afectiva y por el otro, el alejamiento del cuerpo como cosa en sí misma. De esta manera, se liga con el afuera creándose un “plus” de sentido en el encuentro con el otro que comienza a formar parte de él. Por lo tanto, de la propia historicidad, forma parte de la imagen corporal, pues lo propio de la imagen no es el cuerpo-organicidad, sino los lazos que a través de él adquieren e inventan sentidos inesperados y novedosos.

Es la primera vez que Nicolás dona besos, se sonrío y espera la respuesta del otro. Ante el gesto que él genera, sin duda piensa anticipándose. Al responder a la demanda él está en el campo del Otro, del orden del nos-otros, entre ese afuera y el adentro de la relación, en ese “entre” se juega definitivamente la posibilidad de la plasticidad y los efectos de sentido que ella acarrea. “Ahora Nicolás besa, saluda con un beso...”, afirma la mamá sin parar de sonrío. Al besar, el niño comparte el afecto que circula entre sujetos de una comunidad y el amor al devenir gestualidad escénica.

En la vereda, Nicolás le da un beso a la mamá, le da la mano y nos dirigimos al ascensor. Cuando entra al consultorio, directamente va hacia unos baldes que están apilados unos dentro de otros en orden decreciente. Los desparrama, ruedan hasta tomar dos de diferentes colores, los separa a la altura de sus hombros y comienza a tocarlos con las dos manos, uno por vez de manera alternativa. Genera un ritmo musical acorde a cada golpe que resuena melódicamente.

Ante ello, tomo otros dos baldes (más pequeños) y repito el ritmo...en un momento detengo la secuencia rítmica, lo miro y digo: “Dale, Nicolás ahora te toca a vos”, sin dejar de mirarnos (como si me guiñara el ojo), toca los dos baldes-tambores hasta que le hago el gesto de detenerse para darme lugar y poder contestar el ritmo. Nicolás se detiene, sonrío, se abre un silencio, habitamos ese instante, una brevísima pausa, para hacer otro ritmo a partir de los baldes-tambores resonando con los de él. En un momento freno, en la demora levanto las manos y afirmo: “Ahora te toca a vos...”, Nicolás sonrío y comienza a tocar sus baldes, al poco tiempo, me mira, hacemos un silencio. Armamos un ritmo con los baldes-tambores y él espera que termine el ritmo que estaba haciendo para recomenzar el suyo, lo “propio” de un resonar dialogal.

La escena que acabamos de analizar, en ese hacer se constituye un ida y vuelta propicio para un diálogo rítmico de resonancias, gestos, tiempos, sonrisas, donde cada uno se incluye en el del otro, pero diferenciándose en cada toque. El ritmo de la experiencia enuncia la sincopa y la prosodia del sonido, realizándose en la musicalidad del encuentro, en esa óptima distancia, dando lugar a la proximidad y la lejanía de la diferencia.

En ese ritmo del “entredós” transferencial se conforma lo proximidad y la disparidad de aquello que se dona sin proponérselo previamente. Es lo que se “pierde”, se “desposee” para otro por donde circula la apertura del deseo de desear. Justamente, no es una sustancia o conducta que se tiene que poseer o dominar. Es exactamente lo opuesto a la posesión, lo esencial es la experiencia relacional y afectiva que crea el vacío, la distancia, la pausa necesaria para dar lugar a lo nuevo, al ritmo escénico de la discontinuidad, que origina la posibilidad de la diferencia y la plasticidad.

Al mismo tiempo, la experiencia, como tal, se constituye siempre como pérdida, desaparece, se retira como hecho fáctico en sí mismo, para devenir huella, inscripción de una escena que, indudablemente, se pierde, recuperándose como origen, memoria, representación de la singularidad de una historia. Nicolás por primera vez, está constituyendo la suya, gracias a ella se incluye en la comunidad familia, jardín de infantes, amigos, otros semejantes a él, vecinos, conocidos, etc.). Nicolás existe en la intensidad propia de sentirse querido.

Luego de los baldes-tambores, Nicolás explora, camina, mira diferentes lugares del consultorio (cocina, balcón, otras salas, baño). Expectante, se detiene frente a la puerta de salida: “¿Querés salir?”, lo interrogo, mirándome, toca el picaporte. Respondo, abro la puerta, al hacerlo, sale corriendo por el pasillo, hasta el final, se frena frente a la escalera, la mira, gira, en esa sutileza gestual nos miramos, en la complicidad del instante. Desde la distancia del pasillo, lo saludo y decido lanzarle una pelota: “Tomá Nicolás, ahí va la pelota...a la una...a las dos...y laaas...”, él sonrío, digo: “Tres” y la lanzo. La agarra y continua mirando la escena, voy hasta donde está, agarro la pelota y la tiro hacia arriba. La pelota rebota en un escalón y despacio, vuelve a bajar. Nicolás la quiere agarrar, se le escapa, comienza a reírse a carcajadas. “La pelota saltarina no para de subir y bajar”, exclamo en medio de tantas risas. Vuelve a tirarla, la escena se repite y genera cada vez más curiosidad.

La pelota se transforma en un personaje intrépido, saltarín y travieso que va y viene. Nicolás hace el gesto y la arroja otra vez, para volver a empezar. La sonrisa anticipa lo que puede suceder, abre nuevas situaciones que se suceden en otro ritmo y en otro espacio (la pelota-devenida personaje-se esconde, va para abajo, se detiene en un escalón, ríe, llora, se enoja, corre, etc.). La vida y el escenario de la escena se multiplican en apertura a nuevas direcciones, impredecibles e indeterminadas antes de realizar la experiencia escénica.

Luego del juego con la pelota en el pasillo y la escalera, volvemos al consultorio, Nicolás mira una caja de lápices que está junto a otras hojas. Sin premura, aprovecho el detalle que enuncia esta mirada, tomo un lápiz y empiezo a dibujar la hoja, inventando una canción a medida que lo voy haciendo: “Hago un redondel, que tiene mucha miel...y uno oji...tos...que son carameli...tos....y una na...riz...que hace siempre a...chis...y una bo...ca....que come lo...ca...”. Nicolás observa los tazos que deja mi mano en el lápiz, sin detenerse, apoya su mano en la mía, juntos hacemos el recorrido de las líneas que conforman figuras con canciones y rimas rítmicas que acompañan y contextualizan las peripecias de la escena.

En un momento, coloco el lápiz en su mano. Ahora es él el que hace el garabato, rayas que se suceden en zigzag para arriba, abajo, perpendiculares, oblicuas, salen de la hoja y vuelven a entrar en redes entretejidas y dibujadas al compás de cada momento, testimonio del “entredós” del encuentro. De esta manera, Nicolás construye sus primeros garabatos, cantados y jugados en la potencia lúdica que imprime la fuerza del deseo de desear de nuevo.

En las siguientes sesiones, decidimos que la mamá se quede en la sesión para afianzar y jugar la relación a través del escenario que generamos. Luego de un tiempo de esta modalidad, ella propone una canción que les enseñó el papá y Nicolás la aprendió y sabe imitarla: “Si usted tiene muchas ganas de aplaudir (en ese momento, Nicolás junto a nosotros, aplaude)... Si usted tiene muchas ganas de aplaudir...si usted tiene la razón y no hay oposición...no se quede con la ganas de aplaudir” (y volvemos a hacerlo). Así, durante un tiempo, cantamos, imitamos los movimientos y acciones que nos propone la canción del papá (si usted tiene ganas de mover... los pies, las manos, las ropas, la cabeza, etc.). Nicolás contento, muy cerca de la mamá, está en la escena.

Siguiendo el ritmo de la melodía, cuando mueve los dedos, la canción gira, modificamos la melodía y habla de ellos, de los pies o de cualquier otra parte del cuerpo que movemos a la par. Lo corporal se incluye y unifica el escenario cantado y jugado al ligarse en la plasticidad del instante, que anticipa lo próximo a descubrir e inventar en el devenir de la realización.

La relación de Nicolás con su mamá cada vez es más vivaz y consistente, él está pendiente de ella, la mira, la busca y genera demandas, con gestos, actitudes, posturas, sonidos, que procuran dialogar, incluyendo en esa sonoridad al otro, convocándolo. Ante la claridad de la demanda, decido trabajar en las sesiones con la mamá y Nicolás juntos, compartir ese espacio entre los tres para dar lugar a nuevas experiencias por venir.

En este encuadre, surge tirar la pelota para uno u otro lado, comenzar a explorar otras zonas del consultorio, tocar unos tambores, musicalizar canciones que surgen del ritmo propuesto por Nicolás. En un momento, al llamarlo, Nicolás sorpresivamente, cierra los ojos, es una postura actitudinal en la cual me detengo, tomo esta gestualidad y afirmo: “Uy, uy, Nicolás se fue, mamá, mirá, no está, Nico se fue, ¿dónde estará?”. La mamá afirma la escena y en tono interrogativo, dice: “¿Nico, Nico, donde estás?”. Él responde y corre a lanzarse al cuerpo de ella, abrazándola. Luego de unos segundos, la deja y comienza a deambular, mira un juguete, unos ladrillos de encastré, una pelota multicolor con sonidos.

Aprovecho esta instancia, busco una tela de color amarillo y cuando Nicolás gira (no nos mira), la tapo a la mamá y exclamo: “Ahora se fue mamá,...no está...mamá de Nico, mamá...”, inmediatamente gira, sonrío, da una pequeña vuelta, se detiene y le saca la tela, sonrío alegremente por el nuevo reencuentro. La escondida como presencia ligada a la ausencia, juega y origina el asombro, no solamente como sorpresa, sino como repetición de un reencuentro diferente. El juego continúa y la tela recubre a Esteban y a la mamá, nos tapamos, y desde nuestro escondite, los dos, al unísono, lo llamamos, Nicolás se ríe, da un rodeo y viene, nos descubre en el placer del deseo de encontrarnos. Encontrándose en la escena que lo representa para otros, que a su vez, desean estar y jugar con él.

En este caso, con Nicolás, anticipar un sujeto y dar lugar a la experiencia escénica implica jugar en el borde de la demanda, para que el pequeño pueda aparecer deseante. Ir a buscar al otro que se esconde, esconderse, soportar la intensidad de la ausencia devenida en el reencuentro presencia, determina la posibilidad de improvisar e innovar otras escenas, repetidas pero en la diferencia, difieren de la anterior porque dependerán de lo que suceda en la relación con el otro que juega, se esconde. Es escondido y espera ser buscado por un otro signifiante para él.

En una sesión, Nicolás llega dormido a upa de su mamá: “Hoy está muy cansado y tal vez, con un poco de fiebre, durmió mal esta noche...afebrado”, concluye. Sin embargo, al abrir la puerta, se despierta, reconoce el lugar, sonrío y toma unas pelotas, luego, los baldes-tambores y finalmente, se acerca a un caballito que tiene la propiedad de balancearse, como si fuera una pequeña hamaca, se sube y comienza el balanceo. El movimiento sensoriomotor que produce, parece encerrarse en el anonimato de la acción, consumiéndose en el propio balanceo. Queda ahí, no va hacia afuera, y por lo tanto, tampoco sale de ningún sitio. Es una experiencia que lejos de ser plástica y hacer de ese afuera un adentro, queda en la periferia, sin entrada ni salida, en una mimesis que no alcanza a transformarse plásticamente en gestualidad.

Retomo el juego anterior del siguiente modo: cuando Nicolás va a buscar una pelota, con un gesto le pido a la mamá que con la tela me tape el rostro, ella, a mi lado, lo hace y cuando Nicolás la va a buscar, ella le dice: “Mirá, mirá Nico, Esteban no está”... “Esteban, Esteban”. Desde el escondite, bajo la tela, los saludo y lo llamo, Nicolás lo registra, se desprende del cuerpo de la mamá (estaba sentado en las piernas de ella) y alegremente, tira de la tela, me descubre y juntos reímos, festejamos el reencuentro de la bienvenida escénica.

Luego de esa instancia, recubro el rostro de la mamá con la misma tela y colocándome atrás del caballito, lo arrastro al ritmo de una canción que invento a medida que lo voy moviendo. Lo empujo, mientras se hamaca balanceándose canto: “Ico, ico, ico caballito...vamos a cabalagar... a jugar...a buscar a tu mamá...ico, ico...vamos a buscar a mamá...”. En ese ritmo, lo llevo frente a ella, que permanece tapada. Cuando está frente a frente, ella lo llama: “Nico, Nico... ¿dónde está mamá?”, frente a ella, agarra la tela y la destapa: “Hola Nicolás, hola”, Nicolás se ríe, me mira, nos reímos. Continúa el balanceo, lo acompaño con el ico, ico, y lentamente le decimos “chau” cuando giramos, ella se vuelve a colocar la tela. Al dar la vuelta, ya está escondida, repetimos el asombro de la sorpresa y el descubrimiento.

La vida de la experiencia del caballito, el escondite y la tela, cada vez es otra, pasan cosas diferentes y en cada una de ellas, el ritmo, la melodía y la canción se van transformando a medida que vamos jugando. Nicolás, sonriente, da una vuelta sobre su eje axial-postural, dice claramente: “Ta, ta, ta, ta” (tengo la viva impresión que dice acá, acá, acá). Retomo la sonoridad y afirmo: “Acá, acá, acá...si Nicolás, estamos acá, vos, mamá y yo”. Sin dejar de mirarnos, exclama exultante: “Ti, ti, ti...en ese ti (si), reside la existencia de un sujeto en la singularidad de la experiencia infantil, donde el ta (acá), el ti (sí), vibra, vital, y se instituye como aconteciendo subjetivo en la plasticidad simbólica originaria, articulada en la red de la plasticidad neuronal. Desde esta posición, sin lugar a dudas, jugar es pensar y pensar es incorporar, plegar e inscribir la experiencia del afuera en un adentro, desplegada como huella y memoria de la propia historicidad, que Nicolás conquista en cada acontecimiento subjetivo.

En la próxima sesión, Nico tararea, explora el consultorio, mira, toca, agarra juguetes, encastra, los hace sonar, resuena la alegría del sonido descubierto. Con el juguete en la mano, se lo entrega a la mamá, juntos lo agitan y resuena una canción alusiva al objeto que Nicolás trae para donárselo a ella y espera la repuesta. Respondemos a la demanda, cantamos la canción de los conejos cuando nos trae unas zanahorias y la del payaso plin plin, que hace mucho...”achiz”...”achiz”...termina de decir Nicolás al darle el espacio para que él pronuncie el sentido, se acople, y produzca la sonoridad necesaria para continuar y culminar la melodía.

En un momento, traigo la tela y cubro el rostro de la mamá, Nicolás deambula, la mira y lentamente se dirige a ella y se lo saca para encontrarse con la exclamación y la alegría materna que festeja otra vez el reencuentro. Nicolás está muy sonriente y atento a ella, sostiene la tela, se la coloca sobre la cabeza y ahora es él, el que se esconde, coloca un velo en su propio rostro para ser deseado por otro. En ese umbral, se de-niega, constituye una “negatividad”, desaparece por unos segundos, para aparecer deseante. Es sin duda, el origen de la experiencia lúdica.

Una de nuestras funciones es dar lugar para que el aconteciendo suceda. Mientras permanece tapado, junto con la mamá preguntamos: “¿Dónde está Nicolás”...”Nicolás no te vemos, ¿te escondiste?, Nicolás, Nicolás...¿Dónde estás? Luego de unos segundos, la mamá lo descubre: “Acá estás, acá estás, hola Nicolás”...”Hola Nico”, él responde: “Ta, ta, ta...tata, tata...ta, ta, ta”. Él supuesto espectro autista no existe, ahora es él quien se esconde y se encuentra en el deseo del otro a partir del propio acto, de jugar el placer del deseo, de estar y no estar presente. Nicolás afirma la propia imagen del cuerpo, al sustentar el nombre y el cuerpo en la ausencia, pues la presencia del otro lo sostiene plásticamente, como don de amor, él responde, se esconde para seguir deseando.

**Esteban Levin**  
**estebanlevin@lainfancia.net**  
**www.facebook.com/LaInfancia**  
**www.lainfancia.net**